

mitió su segunda nota: el gobierno está intranquilo porque en ella nada se habla de indemnización: no hay confianza maldita en lo que el sultán dice, y se piensa ganar el tiempo perdido en espera de esa contestación, lanzando inmediatamente sobre las kabilas un numeroso cuerpo de ejército que las confunda y aplaste de una vez; — ¡hora solemne por la cual suspiran todos los españoles!

¿Llegará? Trece mil hombres hay en Melilla; en Andalucía, cuatro brigadas, hasta el complemento de los veinte mil, para marchar al punto; el ministro de la Guerra dice que va á Melilla ó deja de ser minis-

¡Espías y carceleros!.. ¿De qué han de servirle al que siente una pasión tan grande como la que poco á poco fué apoderándose de todo mi ser?..

¡Carceleros y espías!.. ¿Qué pueden importarle al que, amando con verdadera locura, vence las dificultades que se le presentan y en cada nuevo obstáculo cobra fuerzas para proseguir la lucha con más fe, con más entusiasmo?..

Todos los días, cuando el cielo empezaba á cubrirse de sombras, de trecho en trecho iluminadas por el tenue fulgor de las estrellas, dirigíame á la casa que *ella* habitaba en las afueras de la capital, don-

ausencia olvidara por completo aquel amor que tan dulces horas me había proporcionado, pero sí que seguramente el recuerdo de la mujer amada permanecía aletargado en mi pecho, cuando, de vuelta otra vez en la corte, supe que la mujer objeto de mi amor continuaba, como en tiempos anteriores, reclusa en la misma casita blanca de las afueras.

Como por encanto surgió ante mi vista todo aquel pasado de dicha y placer, haciéndome pensar, con miedo al principio, con resolución después, los medios de que pudiera valerme para reanudar las antiguas relaciones con aquella virtud de la que sólo



MELILLA. — MARI GUARI, ESPÍA MORO HECHO PRISIONERO (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)

tro. De esto han resultado graves disidencias: unos ministros se oponen, otros le ayudan, y López Domínguez continúa preparándolo todo para su marcha á Melilla sin hacer caso de nadie. Si va, si las operaciones que han de seguir revisten la grandeza de un verdadero acontecimiento para España, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA estará allí, y estas crónicas se escribirán sobre el mismo campo de operaciones. ¡Ojalá no se necesite! ¡Ojalá concluya todo, como tal vez suceda, prontamente, con algún honor y sin más sangre perdida! Porque es una triste verdad; empeñados ya en la lucha, acariciaría la victoria nuestros pechos con su ardiente soplo; nos embriagaría, nos cubriría de flores; pero de esos laureles, de esas flores mismas, brotarán después los empréstitos, las contribuciones, el hambre, la miseria, la ruina total en fin, serpiente que asoma la cabeza silbando para ahogar de una vez entre sus anillos á este pueblo valeroso y sin fortuna.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

LO ETERNO

I

Nos queríamos con tal locura, que únicamente la intensidad de nuestro cariño podía darnos fuerzas para vencer los obstáculos que á todas horas se oponían á nuestra felicidad.

Guardada *ella* como favorita de caprichoso sultán, y rodeada de espías y carceleros que la seguían á todas partes investigando sus actos y estudiando el sentido de sus palabras, veía transcurrir los días eternamente iguales, tristes y aburridos, cuando nuestras diarias entrevistas fueron á romper aquella insupportable monotonía.

de tenía la seguridad de hallarla esperándome, siempre amante, siempre cariñosa.

Llegaba, por fin, á divisar los muros de la casita, y entonces comenzaban los cuidados para no ser visto, las precauciones para no ser conocido... Tendido sobre la hierba arrastrábame hasta encontrar la tapia que escalaba penosamente, y después, andando sobre las puntas de los pies y poniendo el mayor cuidado para no hacer el más leve ruido al atravesar los matorrales, acercábame á la casa donde en uno de los balcones del primer piso estaba *ella*, ligeramente inclinada, diciéndome con un dedo puesto sobre los labios y quedo, muy quedo:

— ¡Chist!.. ¡Cuidado, por Dios!.. ¡Que no te oigan!

Y trepando al balcón, penetraba en la estancia, sudoroso, jadeante, como un salteador vulgar, con las botas llenas de barro, el traje hecho jirones y las manos ensangrentadas, arrojándome en los brazos de mi amada, que con cariñosa solicitud ponía en orden mis ropas, prodigándome las más dulces caricias, los cuidados más afectuosos.

¡Cuánto amor derrochábamos en aquellas horas que transcurrían con velocidad pasmosa!

¡Qué de juramentos y promesas nos hacíamos, hasta que allá, á la madrugada, veíame precisado á salir de allí con las mismas exageradas precauciones que había tenido necesidad de poner en práctica al entrar, á fin de no ser visto ni oído, en tanto que *ella*, mirándome dulcemente, me hacía la eterna recomendación, diciéndome con un dedo puesto sobre los labios y quedo, muy quedo:

— ¡Chist! ¡Cuidado, por Dios!.. ¡Que no te oigan!

II

Exigencias de la lucha por la vida obligáronme á partir lejos, muy lejos de la capital. No diré que en la

habían triunfado mis palabras ardientes y mis apasionadas caricias.

Y hablando solo, pretendiendo disculpar á mis propios ojos la conducta desleal y desagradecida que durante mi ausencia hube de observar con aquella mujer que me adoraba, emprendí el camino tantas veces recorrido, dirigiendo mis pasos á la casita tantas veces visitada.

Nunca se me hizo tan largo el trayecto... Andaba y andaba... y al propio tiempo iba preparando una especie de discurso que pensaba decirle de rodillas á sus pies y cubriendo de besos sus manos para conseguir el perdón de mi falta... Sentía que mi antiguo amor resucitaba con nuevas fuerzas y prometía agotar con *ella* toda mi elocuencia á fin de convencerla de que mis juramentos serían eternos... ¡Cuesta tan poco engañar á las mujeres desengañadas!..

Ya, por último, divisé la casita... Todo en ella estaba igual... El muro, los árboles, las enredaderas... Acercábame con cuidado poniendo en práctica las mismas precauciones de antaño...

Escalé el muro, atravesé los matorrales, y en la precipitación por llegar pronto no reparé que arañaba mi rostro, desgarraba mis ropas y ensangrentaba mis manos... ¿Qué importaba? ¡Era feliz, feliz por volverla á ver!..

Y avanzaba emocionado, palpitante, sediento de amor...

De repente, me detuve asombrado... *Ella*, mi adorada, estaba allí, en el mismo balcón de siempre, ligeramente inclinada con un dedo puesto sobre los labios, diciendo quedo, muy quedo, á un individuo — ¡que no era yo! — y que en aquel momento escalaba la tapia:

— ¡Chist!.. ¡Cuidado, por Dios! ¡Que no te oigan!

JOSÉ JUAN CADENAS